

PROBLEMÁTICA CONTEMPORÁNEA DEL TÉRMINO “CRISTIANO”, PARA EL DISCURSO FILOSÓFICO  
(XVII Congreso Tomista de Argentina. 1992)

Prof<sup>a</sup>. Dra. *Carmen-Rosa Villarán Rodrigo*

Realmente, el cristianismo no es una filosofía sino una religión, en tanto que está compuesta de una “Revelación”. “Sostengamos pues que el Señor por su misma boca nos ha señalado cuál es el origen y el término de su Iglesia; esto es, el origen es Jerusalén, y el término, las gentes todas de la tierra”<sup>1</sup>. Así pues, “La verdadera religión” definición que consta en un título de una obra agustiniana en la que se pone de relieve que: “Cristo fundó una divina sociedad, que incorpora a los hombres a El, como miembros de un cuerpo místico: *societas qua efficitur unum Corpus unici Filii sui*. No hay más que un sólo Cuerpo de Cristo, esto es, un solo verdadero cristianismo. Cabeza con dos o más cuerpos es una monstruosidad... que unos miembros se separaran del cuerpo queriéndose llevar la Cabeza consigo... y ha obligado a los discípulos de Jesús a una aguerrida defensa de la Iglesia Única *amata eius, sponsa eius, pulchra eius*”<sup>2</sup>. Se considera pues, a San Agustín como paradigma de una de las defensas más completas de la Iglesia Católica en cuanto considerada sobre todo a partir de las cartas paulinas: “esposa de Cristo”.

Ahora bien, el cristianismo justamente, se ocupa de aquel tema que es el ápice de todo filosofar: Dios; puntería de todo razonar serio que alberga la pretensión de llegar a la Causa Primera, Fin Ultimo, Suma Verdad y Supremo Bien... Más aún, ¿Cómo comprender a cabalidad una manufactura sin atender a su hacedor? Igualmente, para cualquier aspecto vinculado al ser humano, protagonista de todo filosofar, pero no causa del fundamento de todo filosofar; hay que ocuparse del Creador para obrar en razón de la criatura que se “es” con sus respectivas variantes, y ésta ha sido la preocupación de no pocos filósofos serios de todos los tiempos.

Sin duda, los griegos abordaban el tema de lo divino con un estilo de profundización, en el que ponían de manifiesto los límites de la razón natural, en el ejercicio por descubrir toda la realidad y sus causas últimas. En tal sentido, han sobresalido en esta realización como los más notables: Sócrates, Platón, y Aristóteles; en quienes más enfáticamente se descubre una capacidad de anhelo y aspiración por el origen y al

---

<sup>1</sup> San Agustín Obispo de Hipona, De la Unidad de la Iglesia, cap. 26. En *Obras Completas*, vol. IV, B.A.C., Madrid, 1957.

<sup>2</sup> *Ibidem*, Sermón 132

unísono, una proclividad por aproximarse al destino final, meta de toda especulación y de toda praxis. Asimismo, surge la claridad teórica de reconocer que aquello que es de más difícil acceso para el conocimiento humano resulta que en sí tiene de más verdad. Al respecto, señala el Estagirita: “pues el estado de los ojos de los murciélagos ante la luz del día, es también el del entendimiento de nuestra alma frente a las cosas más claras por naturaleza”<sup>3</sup>.

En relación al tema que nos ocupa y sus consecuencias, conviene tener presente, la conocida polémica de 1931 en París entre Gilson y Maritain de una parte, y Brehier y Bruschwig de otra. Mientras los primeros exponían argumentos racionales e históricos acerca no sólo de la posibilidad, sino de la conveniencia de una Filosofía Cristiana, lo que explicaban significaba especular desde la inspiración de la Sagrada Escritura, haciendo notar para el caso, que por ejemplo “fue San Anselmo quien dio la fórmula definitiva de la primacía de la fe sobre la razón... la fe se basta, pero aspira a transmutarse en una inteligencia de su propio contenido; no depende de la evidencia de la razón, sino que al contrario ella la engendra”<sup>4</sup>. Los segundos, más bien sostenían la imposibilidad de poder hacer referencia a una Filosofía Cristiana, como si en sí misma la sola expresión, fuera una radical contradicción; pero el discurso de estos últimos, más que de una índole dialéctica y explicativa, se caracterizó por una cadena de aforismos.

En todo caso, no puede prescindirse, frente a la misma polémica, del hecho que de modo creciente, se multiplican los grupos cristianos que se empeñan en separarse de la Iglesia Universal. De tal modo, que aparece entre el criterio popular, la posibilidad de que puedan existir varias Iglesias, e incluso se consideran como admisibles varias interpretaciones para la única revelación cristiana. Cuando más bien se trata de tener presente que “Cristo se convirtió en un nuevo Adán”<sup>5</sup>. De tal suerte, que la única explicación válida, no puede ser sino aquella que esté inspirada por el mismo Cristo y busque sujetarse a su Revelación. Precisamente, en cuanto Cristo es el Salvador y Redentor del género humano, a la vez que más autorizado Maestro; y en cuanto Fundador de la Iglesia, su Cabeza; y se une por tanto a un cuerpo que se ha de constituir a través del mismo género humano por El salvado y jerárquicamente organizado. Por lo mismo, hablar de varios cuerpos, o de una organización de miembros eclesiales sin su respectiva Cabeza, se sale de la norma y por tanto no procede. De tal modo, que si de hecho han habido rupturas respecto de la Iglesia fundada por Cristo, no es posible pensar que la Filosofía Cristiana de la que habla Schelling como miembro protestante luterano, de la mal llamada Iglesia Reformista, tiene igual punto de partida que el discurso de Gilson que es efectivamente un miembro de la Iglesia Católica. Estos autores no tendrán pues, igual referencia inicial; aunque en ambos se descubra una clara actitud apologetica sobre el valor del dato revelado. Porque desde una aparente actitud semejante, sin embargo no están atendiendo al dato revelado del mismo modo. Pues en esta tesitura, hay que tener en cuenta, a la persona de Cristo, quien se denominó a sí mismo y ejerció plenamente de “Buen Pastor”, dejando asimismo por tanto, indicaciones que hasta nuestros días son herencia para sus Sucesores.

Téngase presente que después de la presumible reforma dirigida por Lutero, no se puede hablar del cristianismo sin más, porque existen diversos representantes del

<sup>3</sup> Aristóteles, *Metafísica*, Lib.II, cap. 1, 993b, 10. Gredos, Madrid, 1982.

<sup>4</sup> Gilson, E., *El espíritu de la Filosofía Medieval*, Rialp, Madrid, 1981, p. 38.

<sup>5</sup> Cardenal Ratzinger, J. *Creación y pecado*. EUNSA, Pamplona, 1992, p. 103

mismo. Por ejemplo se puede decir más bien, que los seguidores del luteranismo y las divisiones que de esta postura han surgido, se alejan de hecho de la correcta fuente de inspiración. Y en términos metafísicos se puede mencionar, que tales interpretaciones ya no tienen la nitidez de lo que es genuino, ni la claridad de una verdadera realidad. Por tanto, lo que puede "ser salvación", "si pierde su condición de ser", quiere decir que "pierde su condición auténtica de ser salvación", y no otra cosa le ocurre a los que se autodenominan cristianos. Pero, de diversos modos han buscado sin reconocerlo una autonomía frente a la Iglesia Universal.

Cabe admirarse junto a las explicaciones de San Agustín y desde la autoridad de los más insignes Padres de la Iglesia, que "siendo, pues, esto así, la religión verdadera no ha de buscarse ni en la confusión del paganismo, ni en las impurezas de las herejías, ni en la languidez del cisma, ni en la ceguera de los judíos, sino en los que se llaman aún entre esos mismos cristianos católicos ortodoxos, estos es, los custodios de la integridad y los amantes de la justicia" <sup>6</sup>.

Desde estas reflexiones, en lugar preeminente, más vale reconocer la importancia para todos los efectos, del hecho de deslindar los ámbitos de la filosofía y de la religión haciendo lo mismo, respecto de la razón y la fe. Lo que significa en cuanto a la fe, entendida como don, la conveniencia de saber considerarla en toda su idónea apertura a la Sagrada Escritura siempre desde el auxilio divino. En tal sentido, se podría decir que la lectura de la Biblia tendrá su expansión, a través del magisterio eclesial en cuanto que Cristo fundó una Iglesia jerárquica. Por eso, si se reconoce a Cristo como la Verdad más elevada, conviene tenerla en cuenta al inicio y al final de todo quehacer tanto intelectual como práctico. No se olvide además que la misma Iglesia fundada por Cristo tiene desde El sus cauces de corrección en los Concilios, a la vez que se cuida la doctrina indivisa y se impide la inversión de la divina Providencia por el ascenso desordenado de la administración humana y éste último ejercicio, si se aparta de Cristo, aunque diga que su argumentación se inicia en la Palabra de Dios, en la realidad, se concentra en la inmanencia humana, y no tiene así otro origen, que el propio pensamiento del hombre, que incluso puede tenerse por cristiano, cuando en realidad no se deja ayudar por Cristo, no se orienta ni se anima por El, sino por sí mismo.

Nótese ante estos acontecimientos, la grandeza de la tradición que reconoce la conveniencia de orientar toda cuestión desde la Verdad más alta, como bien se empeñaron por ejemplo, San Agustín y antes que él, en el siglo II, San Justino Mártir; y después, en el siglo XI se reconoce este estilo de trabajo en San Anselmo de Canterbury. Y en el apogeo del siglo en que se fundaron las Universidades, destacan muy especialmente San Alberto Magno, y sobre todo Santo Tomás de Aquino. A este último, se le debe el más notable acierto argumentativo en lo que respecta a las distinciones y relaciones de cooperación entre la filosofía y la religión y la razón y la fe, encontrando, en el establecimiento del correcto auxilio, de tales realidades entre sí complementarias, cierta coincidencia entre la postura de los griegos que esperaban conocer la verdad más alta, para dirigir todo desde ella y los católicos que ya pueden manifestar tal actitud en cuanto que tal Verdad, ya ha sido para todos los hombres comunicada: revelada. Pero tanto unos como otros, pueden señalar que con la sola razón natural, no se alcanzan las más grandes alturas ni se llega pues, a las más hon-

---

<sup>6</sup> San Agustín obispo de Hipona, *De la verdadera religión*, cap. 5, 9. En Obras Completas, vol. IV B.A.C., Madrid, 1984

das profundizaciones del acontecer humano sin el auxilio divino <sup>7</sup>. Por tanto, frente al cristianismo no caben razonamientos inmanentes ni posturas relativistas, sino una fe inteligente de sujeción a la revelación divina.

La revelación constituye para el hombre todo “un don” y como tal se evidencia como una muestra de amor, y en este caso, dentro de una manifestación derrochadora sin par. Por eso, cabe y de modo especial, tener en cuenta “ab initio” de examinar la condición de la misma revelación la exhortación agustiniana: “¡Ojalá tuviera al presente o llegará a tener alguna vez la caridad de que ahora se trata, en proporción a la grandeza de la verdad que se ha de conocer!” <sup>8</sup>. Y, desde aquí se entiende otra exclamación: “Os ruego que abráis los ojos y consideréis la maravillosa armonía de los dos Testamentos, lo cual nos muestra y enseña qué regla de vida se debe seguir y cuál es el punto de referencia de todas las cosas...y citando a San Pablo: con el fin de que, arraigados y fundados en la caridad podáis comprender...” <sup>9</sup>. De ahí, que en la conocida Biblia editada a mediados de siglo por dos connotados teólogos biblistas, se lee en la Introducción General: “La Sagrada Escritura es un inestimable don de Dios que el hombre no podría nunca suficientemente agradecerle. Elevado al orden sobrenatural, a la participación de la misma naturaleza divina, y caído de él por el pecado de nuestros primeros padres plugo a Dios en su infinita misericordia redimirle elevándole de nuevo a una altura sobrenatural mayor todavía que aquella de que cayó... todos ellos se subordinan al fin principal...dar a conocer al hombre los inescrutables designios de Dios sobre él” <sup>10</sup>. Pero, esta misma referencia aparece como una prescripción del Concilio de Trento, que ha sido recogida por Pío XII en la Encíclica “Divino Afflante Spiritu”.

Así por ejemplo, queda “revelada” en Cristo, la verdad acerca de Dios como “Padre de la Misericordia” <sup>11</sup>, lo que permite ver una relación de cercanía entre Dios y el hombre; sobre todo si éste se encuentra amenazado en el núcleo mismo de su existencia; resulta que en el conocimiento de la Palabra Revelada, y su Acción Salvífica encuentra respuesta, aliento y solución segura a sus languideces, desórdenes, arrogancias y pesares en general. Ahora bien, la Salvación está en Cristo, El es el Mediador indicado. De modo, que cualquier error en la captación de esta realidad puede significar nada menos, que la imposibilidad de Salvación en que apelando justamente a la misericordia de Dios y en atención a varios matices, a pesar de todo, se puede prever lo mejor. Por eso, se puede recordar al filo del trabajo del Sumo Pontífice León XIII que: “Dios piadoso, a quien debemos referir el principio y el fin de todo bien...por lo demás, la misma solemnidad de estos días, en los que se celebra el nacimiento del Señor, nos eleva a la esperanza del oportunísimo auxilio, pues nos hace esperar a nosotros también aquella saludable restauración que trajo al nacer para el mundo corrompido y casi condicionado al abismo por todos los males, y nos promete aquella paz, que entonces, por medio de los Ángeles hizo anunciar a los hombres, puesto que ni está abreviada la mano del Señor, de manera que no se nos pueda salvar; ni se ha agravado su oído para no oír” <sup>12</sup>.

<sup>7</sup> Jaeger, W., *Humanismo y teología*, Rialp, Madrid, 1964, pp. 53-132.

<sup>8</sup> San Agustín Obispo de Hipona, *Costumbres de la Iglesia Católica*, Lib. I, cap. 18, 33. En *Obras Completas*, Vol. IV, B.A.C., Madrid, 1948.

<sup>9</sup> *Ibidem*, Lib.I, cap. 18, 34.

<sup>10</sup> Nacar, E., Colunga, A., *Sagrada Biblia*. B.A.C., Madrid, 1950 Int. General, p. LXXIII.

<sup>11</sup> San Pablo, 2, Cor, 1, 3.

<sup>12</sup> S.S. León XIII, *Adversus Socialistarum Sectas*, Roma, 28 de Dic. de 1878.

Vista pues, la misma Revelación como una cuestión de amor su recepción requiere igualmente de una libertad decididamente amorosa. En este tiempo, así lo recuerda el Pastor Supremo Juan Pablo II, quien en su primera encíclica planteó: "En nuestro tiempo se considera a veces erróneamente que la libertad es fin en sí misma, que todo hombre es libre cuando usa de ella, como quiere, que a esto hay que tender en la vida de los individuos y de las sociedades. La libertad, en cambio, es un don grande sólo cuando sabemos usarla responsablemente para todo lo que es el verdadero bien". — Por eso concluye el actual cabeza de la Iglesia—: "Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad, que se realiza en la donación y en servicio". Para tal "libertad nos ha liberado Cristo"<sup>13</sup>.

En fin, cuán valioso para el tema que ahora nos ocupa, resulta el hecho de recordar que como Pastor de almas en la misma publicación bíblica antes mencionada, se recordaba "ponderábamos al comienzo de este prólogo la oportunidad con que salía a la luz esta versión castellana del texto original de las Sagradas Escrituras en el L aniversario de la "Providentissimus Deus" (Encíclica de León XIII de 1893 sobre la necesidad de estudiar venerar y no tergiversar la Sagrada Escritura) y a raíz de la "Encíclica Divino Afflante Spiritu" (Pío XII rememora la anterior encíclica y exhorta igualmente a no dejarse tentar por el libre examen...), pero no quisiéramos dejar de recordar aquí otra razón de oportunidad, la misma que el Santo Padre ha querido recoger al final de su Encíclica, a saber, la terrible y dolorosa crisis por la que atraviesa en estos momentos la Humanidad. En medio de este caos de opiniones encontradas y de intereses antagónicos, en medio de tantas ruinas materiales y espirituales, de tantos dolores de los cuerpos y de tantas amarguras de las almas, la luz sólo puede venir del Único que tiene palabras de Vida eterna, Cristo Jesús, a quien nos dan a conocer las páginas sagradas; la paz verdadera sólo puede esperarse del amor de Dios y del prójimo...<sup>14</sup>.

En vinculación con los últimos párrafos cabe tener en cuenta las mismas palabras de Jesucristo: "¿quién decís que soy? Tomando la palabra, Pedro dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús respondiendo dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a tí... sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del cielo no prevalecerán contra ella"<sup>15</sup>. Junto a esta aclaración se lee al final del mismo evangelio una indicación para todos los apóstoles: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo"<sup>16</sup>.

Igualmente, el lugar central de la Salvación del hombre en Cristo, queda anunciado desde el Antiguo Testamento, en el que se profetizan realidades como éstas: "Y brotará una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el espíritu de sabiduría y de inteligencia espíritu de consejo y entendimiento y de temor de Yavé..."<sup>17</sup>.

Desde tal comprensión se afanan ciertos autores que procuran seguir al día y

<sup>13</sup> S.S. Juan Pablo II, *Redemptor hominis* Roma, 4 de marzo de 1979, n. 21; Cfr. Gal., 5, 1.

<sup>14</sup> Caetano Cicognani, *Prólogo*, pp. XXIV-XXV. En Nacar, E. y Colunga, A., *Sagrada Biblia*, B.A.C., Madrid, 1950.

<sup>15</sup> Evangelio de San Mateo, 16, 16-18.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 28, 18-20.

<sup>17</sup> Sagrada Escritura, Antiguo Testamento, Isaías, 11.

según los problemas de la época, total fidelidad a la palabra de Dios, a través de consideraciones como éstas: “Jesús es al mismo tiempo flor de Jesé. Venido del cielo, es también fruto de la tierra. *Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum*”. De modo semejante su Iglesia, es la Humanidad que le proporciona su cuerpo”<sup>18</sup>.

En la misma línea y con toda la preocupación eclesial del caso, en el Concilio de Trento, en la Sesión IV del 8 de Abril de 1546, se planteó: “...que debía expresamente proclamarse el Símbolo de la fe de que usa la Santa Iglesia Romana, como el principio en que necesariamente convienen todos los que profesan la fe de Cristo, y como firme y único fundamento contra el cual nunca prevalecerán las puertas del infierno (Mt. 16, 18). Y, posteriormente se instó del mismo modo en varias oportunidades y con palabras semejantes: “... después que Cristo fue glorificado en la cruz, su Espíritu se comunica a la Iglesia con ubérrima efusión, a fin de que ella y cada uno de sus miembros se asemeje cada día más a nuestro Salvador... Esta presencia y acción del Espíritu de Jesucristo, la significó breve y concisamente nuestro sapientísimo predecesor León XIII, de inmortal memoria en su Carta Encíclica “*Divinum Illud*” con estas palabras: “Baste afirmar que mientras Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma”<sup>19</sup>.

Ciertamente para este tema, resulta de una presencia especial, para la reflexión todo lo que suscribe el Concilio de Trento por ser de gran actualidad. Por lo mismo se recogió allí, que: “El sacrosanto ecuménico y universal Concilio de Trento, legítimamente reunido en el Espíritu Santo,... se conserva en la Iglesia, la pureza misma del Evangelio... promulgó primero Nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios y mandó luego que fuera predicado por ministerio de sus apóstoles a toda criatura (Mt. 28, 19 ss.; Mc. 16, 15) como fuente de toda saludable verdad y de toda disciplina de costumbres;... e igual reverencia reciben... todos los libros del Antiguo como del Nuevo Testamento en cuanto que un solo Dios es autor de ambos”<sup>20</sup>.

Ahora bien, la actitud humana frente a tal “don divino”, además, del mismo amor, requiere de un auxilio divino, porque precisamente, aquello de la Revelación es algo que supera a todo hombre tanto en lo racional como en lo afectivo. De ahí, el plantearse que “la fe, que derriba el muro de lo finito y permite contemplar las dimensiones de lo eterno; y no sólo mirar, sino también enseñar el camino. La fe, en efecto, no es solamente reconocer, sino también obrar;...”<sup>21</sup>. Se une pues a lo anterior, el reconocimiento de que “... Filosofía Cristiana es el método filosófico en el que la fe cristiana, y el intelecto humano unen sus fuerzas en la investigación conjunta de la verdad filosófica”<sup>22</sup>. Consideraciones semejantes tiene Jaspers sobre el respecto cuando dice: “La fe revelada, la que nosotros tomamos con seriedad,... fue una fe pensante,... lo que en sus grandes figuras —San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás y el Cusano— han pensado supera en rango, esto es, en contenido, profundidad, penetración y método, a todo otro pensamiento ciertamente como un algo enteramente distinto, pero pensamiento no obstante”<sup>23</sup>.

<sup>18</sup> De Lubac, H. *Catolicismo*. Ed. Paulinas, Madrid, 1988, p. 202.

<sup>19</sup> Carta Encíclica *Mystici Corporis*, Pío XII, 1939. En Denzinger, E., *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1963, p. 587.

<sup>20</sup> Concilio de Trento, 1545-1563, Sesión III, 14 de Feb. de 1546. En Denzinger, E., *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1963, p. 223.

<sup>21</sup> Cardenal Ratzinger, J., *La Iglesia*, Ed. Paulinas, Madrid, 1991, p. 88.

<sup>22</sup> Gilson, E., *Elementos de Filosofía Cristiana*, Rialp, Madrid, 1969, p. 9.

<sup>23</sup> Jaspers, K., *La importancia de la fe filosófica frente a la revelación*, Gredos, Madrid, 1964, p. 22.

Definitivamente, frente a las observaciones y reflexiones sobre la Filosofía Cristiana con la naturalidad del caso y "*ad mentem divi Thomae*" "... como la gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona, conviene que la razón natural esté al servicio de la fe, lo mismo que la natural inclinación de la voluntad sirve a la caridad"<sup>24</sup>. A su vez, esta misma connaturalidad permite plantear la intervencionalidad e interrelación entre discursar con la sola razón natural e indagar con una razón mejorada con la luz de la fe, a punto de poder alcanzar verdades más altas; como le ocurrió al Agustín joven, que en el huerto de Milán escuchó: "*tole tole et lege lege*" y como cuenta él mismo en sus Confesiones dentro de su disposición de conversión y con el auxilio divino se introdujo en la Sagrada Escritura para acabar de recibir e identificarse con el Espíritu de Cristo y su Iglesia. Esta significativa conversión precede a la firme convicción que le lleva a decir: "Se discute entre nosotros o entre ellos. La cual, ciertamente, es una sola, denominada por nuestros antepasados con el nombre de Católica, para demostrar con sólo el nombre que se halla diseminada por todo el mundo"<sup>25</sup>. Asimismo, a esta altura del trabajo se puede tener en cuenta una sabia frase de Víctor Hugo: "Hay un modo de encontrar el error caminando hacia la verdad"<sup>26</sup>. Pero si el itinerario y la dirección no es la Verdad como cuando Jesucristo dice: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"<sup>27</sup>; sino la opinión sobre ella... todo se torna muy difícil porque se llegaría a la subjetividad, relatividad... en fin, a la misma confusión (presente en toda acción humana desordenada, como lo es el mismo pecado).

Cabe pues, con el Doctor de la Iglesia San Agustín, Obispo de Hipona también llamado "Doctor de la Gracia" y tantos otros doctores y Padres de la Iglesia como él; tener presente que "...tratando un hereje de hacerse católico, corrija su propio error y no profane el Sacramento de Cristo; y así reciba el vínculo de paz que no tenía..."<sup>28</sup>. Conjuntamente, téngase en cuenta que: "los cismáticos han seguido siempre la misma táctica de ruptura y separación. Donato y Lutero buscaron su apoyo en idéntico motivo: la corrupción de la Iglesia. Les faltó la vivacidad de la fe para ver en ella un Cuerpo místico, íntimamente penetrado del espíritu de Cristo. Por las mancillas de algunos desecharon el todo; por unos sarmientos secos, se arrancaron de la cepa"<sup>29</sup>.

Respecto de la legitimidad del término "cristiano", se debe tener en cuenta que las aseveraciones de Feuerbach, como las propias de Schelling, las de Hegel, y las respectivas del danés Kierkegaard, así como de sus críticas se dirigen al cristianismo reformado por Lutero, quien sostuvo que "la concupiscencia es invencible"<sup>30</sup>. Pero, "al negar que el hombre puede participar de la justicia de Jesucristo y de su Gracia, la que según El, nos es siempre exterior y no puede producir acto vital alguno, se encierra para siempre en su yo, erige en doctrina lo que al principio no había sido mas que un pecado personal, pone el centro de su vida religiosa no en Dios sino en el hombre. El día en que, tras las tormentas desencadenadas por el asunto de la indulgencia,

<sup>24</sup> Jaspers, K., La importancia de la fe filosófica frente a la revelación, Gredos, Madrid, 1964, p. 22.

<sup>25</sup> San Agustín, Obispo de Hipona, X De la unidad de la Iglesia», cap. 2, 2. En *Obras Completas*, Vol. IV, B.A.C., Madrid, 1948.

<sup>26</sup> Víctor, Hugo, *Los Miserables*. En "Obras Completas", Terraza, Aliena y Compañía Editores, Valencia, 1887, p. 301.

<sup>27</sup> San Juan, 14, 6.

<sup>28</sup> San Agustín Obispo de Hipona, *De la Unidad de la Iglesia*, cap. 13, 34. En *Obras Completas*, Vol. IV, B.A.C., Madrid, 1948.

<sup>29</sup> Capánaga, V., O.P., *Introducción General*, p. 54. En San Agustín Obispo de Hipona, *De la Verdadera Religión*. En *Obras Completas*, Vol. IV, B.A.C., Madrid, 1948.

<sup>30</sup> Maritain, J., *Los tres reformadores: Lutero, Descartes y Rousseau*, Ed. Santa Catalina, Buenos Aires, 1945, p. 25.

levanta en el mundo su yo contra el Papa y contra la Iglesia, su vida interior ha terminado de derrumbarse”<sup>31</sup>.

Realmente, el Protestantismo como más tarde la llamada Iglesia Adventista y con anterioridad la instaurada Iglesia Anglicana, y con mayor razón en los primeros siglos el cisma de Donato, pueden ser objeto de una observación histórica en cuanto a similitud de conductas en razón de la primera desobediencia o desmembración divina que ocurrió en las personas de Adán y Eva; planteando aquel tipo de rebeldía que lleva a fiarse más de sí mismo que de Dios, perdiendo la concepción de la condición de criatura y encaminándose a un endiosamiento negativo, impropio, en definitiva, instalándose en la misma soberbia que alberga la falsedad en cuanto a un juicio desmedido sobre la validez tanto intelectual como afectiva del ser humano, y más concretamente de sí mismo.

Desde tal situación, el motivo de la Revelación que es la Salvación, queda constreñido, y cabría decir imposibilitado por una inteligencia libre que no acoge a Cristo y su Revelación, sino que a partir de ésta, produce un cristianismo a su medida, y la Iglesia deja de ser vista en su carácter divino como “Sacramento salvador del hombre” según expresión del Concilio Vaticano II, y más bien cobra la condición de una hechura humana que merece correcciones humanas perdiéndose de este modo toda la idónea dirección celestial. Pues, “en la experiencia religiosa, lo numinoso no está solamente ahí, no tiene sólo un sentido evidente y decisivo, sino también una orientación”<sup>32</sup>. Más bien el reconocimiento del verdadero cristianismo no es ni destructivo ni presuntuoso, sino abierto y así, capaz de reconocer unas luces nuevas en la Sagrada Escritura, custodiada por la Iglesia lo que le lleva también a notar que la Revelación no es una realidad pasada y que encierra vigencia, sino de hecho y de modo palpable, una verdadera actualidad de profunda novedad y conveniencia para todo discurso que se ocupe de la realidad.

Notar la diferencia entre el verdadero Cristianismo y otro adulterado, se convierte en causa de una muy importante gratitud como lo puede ser el tener en cuenta “la correcta evangelización”. Por eso en el marco de Homenaje al Quinto Centenario de la Evangelización de América, hay que hacer hincapié en el hecho de que los misioneros europeos provenientes en su mayoría de España, portaban la Biblia canónica, la Vulgata, es decir, la Sagrada Escritura confirmada por Jesucristo y recomendada por Él mismo para que fuese transmitida a todos los pueblos. Y precisamente, este cristianismo que aporta luces nuevas a la razón natural, ha impulsado en Hispanoamérica un relevante magisterio de filosofía cristiano-católica capaz de promover un acertado desarrollo humano. Por tal motivo es menester unirse a fecha tan significativa teniendo en cuenta oraciones bíblicas tales como el “Magnificat” y estrofas eclesiásticas provenientes del “Te Deum”; por cierto, tales estrofas expresan principios doctrinales que se deben agradecer: “*Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclésia*”; “*Patrem immensae maiestátis; venerándum tuum verum et únicum Fílium; Sanctum quoque Paráclitum Spiritum*”: “*Tu, ad liberándum susceptúrus hóminem, non horruisti Virginis úterum*”. En fin, se puede pensar que en esta época de tanta dificultad, se requiere reconocer el cauce certero de la verdadera evangelización en cuanto que se mantiene además como un mandato divino de talante, auténticamente novedoso desde hace 500 años, en lo que se refiere a la difusión de la “Buena Nueva” en el

<sup>31</sup> Ibidem, p. 28.

<sup>32</sup> Guardini, R., *Religión y revelación*, Vol. I Guadarrama, Madrid, 1958, p. 111

Nuevo Mundo. Así pues, el reconocer la autenticidad de la evangelización en la América Latina, resulta en sí mismo el mejor homenaje al "V Centenario de la Evangelización de América". Y todo esto encierra una gran esperanza, en especial, para los habitantes de aquella parte del Continente.

Subráyese, por cierto, la presencia de una tradición de Filosofía Cristiana en Hispanoamérica sobre la base de un auténtico cristianismo; y como modelo histórico del mismo, sirva de ejemplo este mismo Congreso y la conformación de la Sociedad Internacional de Santo Tomás de Aquino, así como la iniciativa de los Congresos de Filosofía Cristiana que vienen realizándose desde hace unos años teniendo como sede América del Sur.

Finalmente, sirva a su vez este trabajo de homenaje y gratitud, a un insigne profesor español de Filosofía Cristiana que, precisamente durante un buen tiempo enseñó en Hispanoamérica, en Argentina y más tarde fue Rector de la Universidad Complutense de Madrid, se trata pues, de D. Ángel González Álvarez, Catedrático de Metafísica de quien muchos tuvimos la suerte en Madrid, de recibir de su persona certeras explicaciones aristotélico-tomistas de la causa final, tema clave para el conocimiento de Dios desde la razón natural, lo que permite una buena disposición para abrirse a la realidad divina sobrenatural... y acceder por tanto, a los primeros y más centrales conocimientos de fe: Dios como creador, Cristo como salvador, el Espíritu Santo como vivificador y la Virgen María como mediadora de todas las Gracias.

De modo definitivo, justamente la Filosofía Cristiana que se ha originado en el auténtico cristianismo, debe presentar en estos momentos de expansión de las sectas en América Latina provenientes de las opiniones luteranas; unas reflexiones bien fundamentadas sobre la conveniencia de seguir desde las facultades humanas las luces y la fuerza de las Sagradas Escrituras tal cual fueron inspiradas por su Autor y confirmadas a través de la misma divinidad en la persona de Cristo. No cabe pues, poder ejercer en profundidad una razón verdadera en el Continente Americano sino teniendo en cuenta unas luces válidas que permitan el encuentro con la misma Luz: Cristo, y la única heredera legítima de tal Luz, que será a su vez, la única Iglesia que puede denominarse cristiana; ambos casos se convierten en uno y representan la máxima orientación para todo obrar y pensar.

Reconózcase pues, que hablar de cristianismo en nuestros días exige la precisión de saber si el término coincide con la fuente o es consecuencia de una derivación o más bien transformación humana. Es cuestión pues, de que el hombre no se equivoque. Porque si desde su inteligencia según el natural discurrir, se pueden notar limitaciones, y también desde ella se pueden captar las posibilidades y necesidades más apropiadas para la vida humana. Se trata pues, de tener en cuenta, dentro del ámbito filosófico que es el que en este trabajo, más nos ocupamos, que las verdades, más elevadas y más profundas se encuentran en un auténtico cristianismo.